

Palabras por la donación de la mascarilla mortuoria del Dr. Alberto Adriani

Fernando Luis Egaña

En nombre de la familia de Manuel R. Egaña, quiero agradecer la iniciativa de la Academia Nacional de Ciencias Económicas y de la Fundación Alberto Adriani, de proponer la donación de la mascarilla mortuoria del ilustre venezolano, Don Alberto Adriani Mazzei, en ocasión de estarse conmemorando los 109 años de su nacimiento. Palabras especiales de gratitud van para los distinguidos académicos Asdrúbal Baptista, Tomás Enrique Carrillo Batalla y Pola Ortíz.

Mi abuelo Egaña, en su escrito de homenaje a Alberto Adriani, publicado en la segunda edición de "Labor Venezolanista", en 1946, expresó que "Adriani fue uno de los venezolanos que más he admirado y de los amigos que más he querido". Amistad que se remonta a 1918, cuando llegaron a Caracas a estudiar Derecho, provenientes de dos de los últimos pueblos de nuestro alfabeto geográfico: la guariqueña Zaraza y la merideña Zea.

Amistad que se renueva más tarde, en 1927, cuando durante un año conviven en Washington como jóvenes profesionales venezolanos en labores de representación internacional: Adriani como primer Jefe de la Sección Agrícola de la Unión Panamericana, y Egaña como funcionario de la Legación venezolana ante el Gobierno de Estados Unidos.

Amistad que, en la alborada nacional que significó la llegada al poder del presidente Eleazar López Contreras, a partir de diciembre de 1935, se convierte en fructífera labor de pensamiento y acción en favor de la modernización de Venezuela. Al respecto, solía decir el viejo Egaña, que las grandes instituciones progresistas en materia económica y social de nuestro siglo XX, tuvieron su fragua en aquel tiempo de oportunidades y horizontes.

Tuvieron, así mismo, partida de nacimiento formal en el Programa de Febrero de 1936, acaso el plan de transformación nacional más afirmativo que conozca nuestra historia republicana. Alberto Adriani fue, en la plenitud de

sus años floridos, el artífice intelectual y el motor fundamental de aquel empuje cuántico en la trayectoria venezolana. Su vida, inconclusa en tiempo, se desplegó mucho más allá de su prematura muerte, gracias a las realizaciones del Programa de Febrero y a la abnegación patriótica de numerosos servidores públicos, entre ellos su condiscípulo y colaborador, Manuel R. Egaña.

El lunes 10 de agosto de 1936 murió Alberto Adriani, y esta mascarilla encargada por sus más cercanos amigos contribuye a recordarlo para la posteridad. Desde entonces, estuvo en posesión del Dr. Egaña hasta su propia muerte, el 16 de diciembre de 1985, casi medio siglo después de la de Adriani. El abuelo la tenía en su pequeño cuarto de habitación, allá en Miralejos, su casa en la avenida Los Pinos de La Florida, junto a sus libros más queridos y sus objetos personales y familiares de mayor aprecio.

Me emociona mucho saber que, para un viejo llanero de temple y parquedad, el conservar la mascarilla en el lugar más personal de su morada, era la manera de rendirle tributo a la memoria del Dr. Adriani, y no sólo por razones de amistad, sino, sobre todo, por perenne lealtad.

Después de 1985, la mascarilla fue conservada por uno de los hijos de Egaña, el Dr. César Egaña Pietersz, y ya en los últimos dos años he tenido el privilegio de contarla entre mis bienes. De allí la satisfacción especial de poderla donar, en nombre de mi familia, a la Academia de Ciencias Económicas y a la Fundación Alberto Adriani.

En estos tiempos difíciles de la vida venezolana, la conmemoración de la vida y obra del gran Alberto Adriani, debe ser motivo para fortalecer el espíritu y la esperanza. Tanto por la enseñanza de sus logros históricos, como por la inspiración hacia un futuro mejor.

Muchas gracias.

Caracas, 14 de junio de 2007.